

EUSKADI RECHAZA EL ATOMO

bien patente la sensibilidad de Euskadi a los problemas del medio ambiente y en concreto de las centrales nucleares, y su formidable capacidad de movilización y de respuesta solidaria.

La demencia de una Euskadi nuclear

A los agudísimos problemas especiales, de infraestructura y contaminación, que enfrenta el País Vasco, han venido a sumarse en los últimos tiempos realizaciones tales como la refinería de petróleo de Somarrostro, ubicada en el extremo del Gran Bilbao; las obras del superpuerto y las centrales nucleares.

En el mapa nuclear del país, Euskadi aparece como zona super saturada, seguida de lejos por Tarragona, con sus centrales de Vandellós y L'Amatlla, todavía en proyecto. Actualmente, de las tres centrales que se encuentran en funcionamiento (Zorita, Santa María de Garoña y Vandellós), una de ellas, la de Garoña, se halla ubicada en Burgos, a escasos kilómetros del País Vasco. Añádase a ello los reactores de Lemóniz y los proyectos de Ispaster, Deva y Tudela y tendremos una resultante de la más absoluta falta de planificación y de la irracionalidad económica imperante en el país.

El hecho de ignorar la ubicación de los centros e instancias donde se está decidiendo esta nuclearización a gran escala, sin contar para nada con los vascos, es también de por sí suficientemente grave como para justificar la fuerte oposición que en Euskadi encuentra la instalación de generadores atómicos.

A pesar de las buenas palabras de la Administración y de los monopolios eléctricos sobre medidas de seguridad y controles, lo que aparece totalmente claro es que el millón de habitantes del Gran Bilbao se encuentran a sólo 14 kilómetros en línea recta de la central de Lemóniz, y según los datos del informe Brokhaven, toda Euskadi se halla en peligro de verse evacuada durante decenas de años, en virtud de un accidente grave en cualquiera de las centrales que se pretenden instalar.

En este sentido, el presidente de la Comisión de Defensa por una Costa Vasca no Nuclear, José Allende, declaraba recientemente al semanario "Punto y Hora de Euskal Herria" que "tiene que quedar bien claro que nosotros no nos oponemos a la energía nuclear como tal. Luchamos en concreto contra la ubicación de unas centrales nucleares en unas dimensiones espaciales tan reducidas como

son las de Euskal Herria, dimensiones en las que, para colmo, la concentración de población es altísima. La instalación de la central de Basordas, por ejemplo, no constituiría un gran problema en espacios amplísimos y deshabitados que son frecuentes en los Estados Unidos, ya que no supondría un riesgo continuo e inmediato para los lejanos núcleos habitados".

"Un proyecto como el de Basordas —agrega Allende— sería frenado en seco y prohibido en cualquier Estado de derecho, aunque lo fuera en una mínima proporción. Es tal el cúmulo de irregularidades de tipo legal, administrativo y técnico que se han cometido hasta hoy en Basordas, que es un 'caso' ya famoso a nivel internacional y se le pone como un buen ejemplo de lo que no se debe hacer".

Abastecimiento energético y planificación del territorio

"Pensar que Euskadi debe autoabastecerse de energía es totalmente absurdo —afirma José Allende—, incluso en el enfoque que puedan tener los más independentistas. El imaginarse que Euskadi va a tener que producir la energía que consume no entra en ninguna cabeza". "A ver si nos damos cuenta —prosigue el profesor— de que por muchos que vayamos a vivir en Euskadi, a lo sumo seremos tres millones de personas, a las que una serie de centrales convencionales puede bastar para su desarrollo energético. La propia Iberduero ha reconocido que se tendrá que exportar la mayor parte de la energía producida en Basordas".

En el denominado "Manifiesto Nuclear", hecho público el pasado año por la Comisión de Defensa, se aducía que de llevarse a cabo los proyectos anunciados "se producirán gravísimas implicaciones sobre los objetivos de la comunidad de preservar espacio abierto y una costa apreciadísima para fines de esparcimiento y recreo que necesita y necesitará con más urgencia en un próximo futuro la megalópolis desde Bilbao hasta San Sebastián, ya en avanzado estado de gestación".

La protección del paisaje es una prioridad para la comunidad vasca, que ha visto cómo en menos de cuatro décadas todos sus ríos han muerto, cómo sus montes se han repoblado de pinos, cómo sus pueblos se han convertido en estercoleros donde se amontonan desordenadamente factorías y viviendas y cómo su atmósfera se ha convertido en una permanente nube irrespirable, generador de multitud de enfermedades en las vías respiratorias. Es sobradamente conocido el abandono y la especulación en la costa vasca, pero de llevarse a cabo el proyecto nuclear, todo

el litoral, desde el Bidasoa hasta más allá de Santander, se convertiría en una zona prohibida por peligro de muerte.

Tal como apuntaba el "Manifiesto Nuclear", la localización de centrales es, evidentemente, un problema multidimensional con serias implicaciones éticas, socio-económicas y, por tanto, políticas. Sus profundas repercusiones sobre la planificación socio-económica del País Vasco son innegables, y ello requiere un análisis profundo y a largo plazo, en el que debe de participar la comunidad a todos los niveles.

Actualmente, los recursos playeros de Ereaga, Arriguanaga, Aixkorri, Atxinibiz, Arrietara, Sopena, Plencia..., se encuentran en trance de desaparición debido a la contaminación de sus aguas. Es evidente, de otro lado, que empezamos a asistir a un trasvase poblacional hacia otras comarcas vizcainas que son precisamente las más afectadas por las centrales nucleares de Lemóniz e Ispaster. Son las únicas zonas con espacios libres de recreo en una población

que malvive atosigada en el surrealista conglomerado del Gran Bilbao.

Esta sensación de angustia que actualmente atenaza a los vecinos de las márgenes de la ría, y que va camino de convertirse en problema político de primerísimo orden, se verá agudizada indudablemente por el impacto de la nuclearización.

Entre la manipulación y las luchas

"El pueblo ha sido víctima de una importante manipulación", declaró hace meses al semanario "Berriak" el profesor y abogado guipuzcoano José Ramón Recalde. "Iberduero —agregaba— se quiere atribuir la facultad de decidir por el pueblo, determinando en consecuencia las opciones sobre desarrollo económico, sobre desarrollo energético y sobre la elección de emplazamientos".

"¿Qué méritos ha hecho Iberduero para merecer tal función dictatorial?", se interrogaba Recalde. "Los mismos que pretenden

Ibiza

La babel ecologista

P. COSTA MORATA

TIENE consistencia propia el movimiento ecologista? ¿Existen, explícitamente, unos fines básicos generales para desarrollar su acción? ¿Cuál es su perspectiva próxima en España? ¿Cuál habría de ser su relación con las organizaciones políticas, sindicales o ciudadanas?... Ninguno de estos interrogantes, entre otros muchos fáciles de imaginar, fueron planteados, siquiera, en una peculiarísima *Setmana Internacional de Solidaritat Ecológica*, celebrada en Ibiza, a principios del mes de julio. Sin embargo, la comparencia de decenas de grupos y asociaciones, la multicolor nebulosa de tendencias y menesteres y la sensación generalizada de que se trata de un fenómeno incontenible e incontrolable señalan ciertamente que la erupción es real, que el avance de la protesta no puede ser frenado y que, sobre todo, las causas y los motivos de esta convulsión no pueden estar más justificados.

Buena voluntad la había. Los organizadores de la semana "Natura i Tecnica" (Asociación de Amigos de las Naciones Unidas) se tomaron meses de antelación, pero, aparte de facilitar un programa que no se cumpliría, los acontecimientos tomarían el rumbo que en cada momento prevaleciera, así que la seme-

janza de lo real con lo previsto fue mera coincidencia.

El temario resultó universal, como los presentes. De la acción no violenta a la cocina macrobiótica, de la defensa de unas marismas en el Ampurdán a los antinucleares "estatales", del trabajo y la enseñanza de la Naturaleza a la terapia natural, el diagnóstico por el iris o el yoga, puede parecer que hay distancia, pero no la hubo. Entre Pepe Beunza, el mítico objeto de conciencia; Diego Segura y su Taller 7; Andrés Medrano y su tarea de reivindicación de lo solar; André Torque, el francés mesidónico; el representante de Amis de la Terre, y tantos otros, habría parecido fácil establecer diferencias; finalmente, predominaron las cosas en común.

Todo aquello resultaba ecológico por las buenas, amigable y solidario; y no se pretendía más. Por otra parte, el mar, el sol y un julio aplastante se imponían netamente a los más inquietos e insatisfechos, conjurando todo peligro. En el último momento, en lugar de protestas hubo aplausos unificados en el número final de las danzas ibicencas e hindúes.

Ese inocultable matiz ácrata de la Setmana se contagiaba. A la carrera de sorpresas, cambios e interrogantes se sumaron algunos intervencio-

que se les dé esta confianza son los componentes de la clase social que es titular de las empresas que han contaminado Bilbao y su río; son también los mismos que, olvidando la propia legalidad vigente, han construido la infraestructura y buena parte de la estructura de la central de Lemóniz antes de tener autorización para comenzar la obra y, por tanto, sin control oficial por parte de los organismos técnicos de la Administración".

De todos modos, el pueblo vasco ha comprendido que las centrales nucleares, además de ser instrumento de poder y de control por parte de los países desarrollados, y en primer lugar de los Estados Unidos, ha tomado conciencia de la necesidad de la lucha. De este modo, después del primer éxito alcanzado en Guipúzcoa, cuando el Ayuntamiento de Deva publicó su libro negro y la Diputación dio carpetazo al asunto, comenzaron las movilizaciones.

Conferencias y múltiples acciones sensibilizaron a la población guipuzcoana, que empezó a lucir en sus solapas el anagrama de

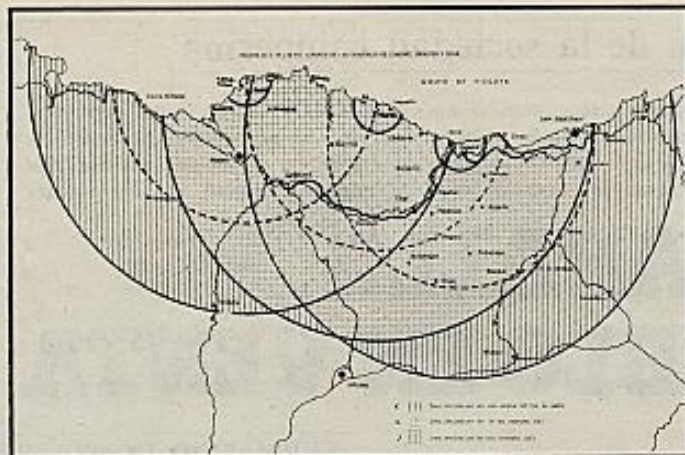


Gráfico que muestra las zonas que podrían verse afectadas por las centrales de Lemóniz, Ibañeta y Deva.

Chillida, adhesivo que en más de una ocasión hubo de ser digerido ante la contundente presencia de la Guardia Civil.

El proyecto de Tudela, solicitado el 3 de noviembre de 1973 e impugnado por la corporación municipal y posteriormente por la Diputación Foral, preveía, entre otras

cosas, su ubicación en una zona muy cercana al polígono de tiro de las Bárdenas, utilizado por la aviación USA, y donde no han escaseado los accidentes fatales en los últimos años.

En Vizcaya, a pesar de iniciarse las movilizaciones ciudadanas mucho tiempo después de dar co-

mienzo las obras de construcción de la central de Lemóniz, entre 50.000 y 60.000 personas se concentraron el 29 de agosto de 1976 exigiendo la paralización del proyecto. A partir de entonces se multiplican las iniciativas de la Comisión de Defensa por una Costa Vasca no Nuclear, la cual se va engrosando con nuevas adhesiones de colegios, profesionales, Asociaciones de Vecinos y entidades de todo tipo. La manifestación del 14 de julio en Bilbao y las que comienzan a registrarse como en un eco a nivel local son la culminación de esta lucha hasta el momento.

¿Qué pasará ahora con la central de Lemóniz? José Allende responde tajantemente que "nunca entrará en funcionamiento". "El pueblo está ya convencido de ello. El pueblo está convencido del atentado que esto supondría contra él y, además, ha sido tal el avasallamiento que se ha cometido en Basordas que ha servido para que todos tomen conciencia del problema y de sus enormes dimensiones". ■ P. E.

nes francamente endeble, como aquellas que, tratando de las nuevas energías, pretendían camelar a los oyentes repitiendo, muy mediocremente, traducciones malas de textos extranjeros.

Cuando se planteó el tema de la isla Dragonera, que acababa de ser ocupada en protesta por su privatización y su perspectiva urbanística, los responsables de la Setmana se negaron a firmar como tales el manifiesto de solidaridad con los ocupantes, quedando en libertad individuos y grupos para suscribirlo.

Socialismo, anarquismo y otros "ismos"

Los manifiestos y textos más depurados, dentro del movimiento ecologista, reflejan una base de análisis marxista, con preocupaciones y hasta correcciones. Otra parte —precisamente la que parece imponerse en imagen y acción— evita las definiciones y, sobre todo, los debates; pero actúa según la inspiración ácrata.

No fue posible conseguir una discusión amplia sobre el dualismo socialismo-anarquismo frente al problema ecologista, aunque en más de una ocasión fue propuesta. Cuando, en los últimos momentos, se había anunciado un debate general sobre *La vía ecologista*, un bandazo más lo eliminó de la escena para ser sustituido por un acto de clausura con presentación de los grupos y movimientos asistentes (que debía haber sido el primer episodio, evidentemente).

En Ibiza predominaban los grupos marginalistas: objetores, no violentos, partidarios de la agricultura biológica, la terapia natural, la alimentación no fraudulenta, el traba-

jo comunitario y naturalista, etc. En los "stands" podían adquirirse todo tipo de libros y folletos sobre esas corrientes, que fueron explicadas durante la semana. La tónica, como consecuencia, resultó abrumadora y radicalmente antisistema, entendiendo por sistema todas las formas políticas conocidas, sean del signo que sean. La mayoría de los naturalistas reconocen la incapacidad de los modelos existentes para ofrecer al hombre una alternativa acorde con la propia conciencia y el medio ambiente; por ello aceptan su desplazamiento y acometen su marginación apelando al ejemplo y a un proselitismo generalmente tenue.

De lo anterior puede deducirse uno de los problemas claves a que se enfrenta el movimiento ecologista en general, que es el utopismo. De hecho, las fuerzas políticas de izquierda y derecha procuran eludir sus propias responsabilidades calificando a los ecologistas de soñadores e ineficaces. Y estos se defienden demostrando que, en la práctica, las opciones políticas no difieren grandemente a la hora de subyugar al ciudadano y destruir el ambiente.

Si se exceptúa algún militante camuflado, los partidos de la izquierda estuvieron ausentes de la Setmana. Las posibilidades de discusión eran pocas, pero la experiencia merecía la pena de que, al menos, las opciones políticas concretas hubiesen estado presentes y activas. No obstante el interés de algunos de los presentes por suscitar la polémica, ninguna aportación al debate política-ecología pudo ser extraída de Ibiza, si se exceptúan los intercambios de opiniones al margen de los actos.

Tampoco se acometió el estudio del papel que el movimiento obrero representa en la toma de decisiones de trascendencia económica y ecológica.

Habla cierta reticencia a considerar al individuo globalmente, como ciudadano, trabajador, militante y ecologista.

¿Es posible la unidad ecologista?

Parte importante fue la presentación de la reciente Federación del Movimiento Ecologista, primer intento serio de coordinación de la acción. Esta Federación —cuyo Congreso constituyente tendrá lugar en septiembre (1)— ha estado impulsada por algunos de los grupos de mayor consistencia organizativa y entiende como fines primordiales la homogeneización en el tratamiento de problemas concretos y la presentación de un frente común reivindicativo de una sociedad más equilibrada, mediante el "enfoque multidisciplinario de la problemática medioambiental".

Otros intentos anteriores de unión fracasaron por personalismos y falta de visión global del problema. A estas alturas, cuando los grupos ecologistas empiezan a proliferar, las lecciones de experiencias pasadas deben de servir para que no se vuelvan a recorrer trayectorias condenadas al fracaso. La heterogeneidad de los componentes presentes y futuros de esta Federación siempre será un obstáculo inevitable.

Otro de los temas que habrá de tratar la Federación ecologista será el de la participación o no en las próximas elecciones municipales, al estilo francés. Esto puede plantear el primer conflicto con los partidos políticos, antes incluso de que se haya producido la discusión y se haya intentado la acción en común. El "mo-

(1) La Secretaría provisional de la Federación está en Madrid, Campomoros, 13.

delo francés" invita a dar por perdida la posibilidad de conciliación, si quiera mínima, entre política y ecología, cuando todavía no tienen elaborados los partidos de izquierda sus programas ecológicos. Más que en Francia, el centro-derecha sacará provecho de esta incomprensión.

No al Partido Ecológico

Un curioso episodio del momento ecologista viene protagonizado por la aparición en el panorama político español del llamado Partido Ecológico, que ha conseguido en las elecciones generales 41.000 votos para su aspirante a senador por Madrid.

Los grupos ecologistas se han rasgado las vestiduras y han acusado de todo lo imaginable a este extraño ente político. Los ataques se han repetido en Ibiza porque, ¿quién conoce, del combate por el medio ambiente, a sus promotores y prohombres?, ¿qué méritos y derechos les asisten? Un intruso, que amenaza confundir a la opinión pública, se ha colado entre las filas ecologistas. Para los medioambientalistas españoles, un partido ecológico resulta un contrasentido, sobre todo si se parte de la incompatibilidad entre ecología y política.

Con independencia de celos y berriñches, parece fuera de toda duda el que este partido de última hora ha iniciado un juego peligroso y posiblemente deshonesto. Si obedece a una maniobra de grupos conservadores y adinerados para resolver problemas propios o sembrar conflictos interesados no puede garantizarse una existencia larga ni cómoda. Pero puede darse por seguro que su actividad —si es que llega a existir— dañará gravemente la causa ecologista. ■